

geográfico y en su época. Y constituye uno de los más positivos testimonios que hoy existen de todo un aspecto esencial de la vida boliviana.

A estos dos valores, iniciación de una vigorosa corriente denunciadora, documento social y humano logrado, suma la novela de Arguedas algo obvio: es una excelente muestra (sobre todo en su última versión) de la novela de la tierra. El libro de Arguedas es el primero en abrir esa dirección todavía fructífera de la visión todopoderosa de la naturaleza, como dominadora y determinadora del hombre en Hispanoamérica. Arguedas ha logrado limpiamente combinar todos estos aspectos en una obra artística que apela a los recursos del realismo y a ciertos elementos modernistas. Ambos medidamente utilizados y combinados en una totalidad narrativa eficaz y poderosa.

Trama y desarrollo

La novela está dividida en dos libros. El primero, titulado «El valle» (seis capítulos, págs. 1-90). El segundo, «El Yermo» (catorce capítulos, págs. 91-266). El primer libro presenta a los personajes principales, Wata-Wara y Agiali, enamorados deseosos de casarse, y la necesidad en que él se encuentra de ir de viaje al valle con otros tres hombres (Quilco, Manuno y Cachapa); dos semanas en que irán a buscar granos, enviados por el administrador, Troche. Los capítulos II a VI narran ese viaje y permiten al novelista describir la realidad humana y geográfica de los valles al sur de La Paz (Mallasa, Palca, Mecapaca), así como las altas zonas de las grandes montañas nevadas, el Illimani en primer lugar. Allí sufrirán los «sunichos» grandes trabajos y uno de ellos, Manuno, morirá arrastrado por un río crecido. Este primer libro desarrolla el motivo del viaje, que combina la descripción con lo dramático; lo individual con lo social. Aunque es evidente el deseo del novelista de describir así una parte de la geografía de su patria, el viaje de Agiali tendrá inmensa repercusión en la existencia de los enamorados: durante su ausencia, Wata-Wara se verá materialmente obligada a aceptar su violación por Troche.

El segundo libro, «El Yermo», describe la existencia de la comunidad indígena, que vive y trabaja en la hacienda de los Pantoja. En verdad, ésta es la parte más importante de la novela. Narrada toda de modo horizontal y cronológico, hay en ellas

Historia, maneja la segunda versión de la novela (y lo mismo sucede con Zum Felde), no la última. En la crítica boliviana véase F. DIEZ DE MEDINA, *La literatura boliviana* (La Paz: A. Tejerina, 1953); E. FINOT, *Historia de la literatura boliviana* (México: Porrúa, 1943), y A. GUZMÁN, *La novela en Bolivia. Proceso 1847-1954* (La Paz, 1967), reiteradamente superficiales. Entre los estudios utilizables, pero demasiado breves: A. ZUM FELDE, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. La narrativa* (México: Guaranía, 1959), pág. 259-265; R. LAZO, *La novela andina* (México: Porrúa, 1971), págs. 27-42; BENJAMÍN CARRIÓN, *Los creadores de la nueva América* (Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1928), págs. 165-217. No hemos podido leer: M. C. ROCABADO, «El indio y la mujer en la novela de A. Arguedas», *Revista de Cultura*, Cochabamba, II, 2 (1956), págs. 234-306, ni L. J. RODRÍGUEZ, *Hermenéutica y praxis de la novela del indigenismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980).

Sin disputa el mejor estudio sobre la novela es el de MAURICIO OSTRIA GONZÁLEZ, «Atisbos estéticos y estilísticos en *Raza de Bronce*», *Anales de la Universidad del Norte*, Antofagasta, Chile (1967), págs. 29-89, con juicios muy atinados.

dos apartados que constituyen verdaderos relatos retrospectivos. El capítulo primero de «El Yermo» es anacrónico: una verdadera inserción de lo histórico, en la que se escucha la voz del historiador Arguedas, encendida de indignación, y en la que, como en ciertas novelas románticas (por ejemplo en algunos pasajes de *El Zarco*, de Altamirano), lo histórico, lo panfletario y lo ensayístico se combinan de modo especialísimo para destruir la insularidad de lo narrativo.

Arguedas narra cómo los aymaras perdieron sus tierras durante la dictadura de Melgarejo:

«De este modo, más de trescientos mil indígenas resultaron desposeídos de sus tierras, y muchos emigraron para nunca más volver, y otros, vencidos por la miseria, acosados por la nostalgia indomable de la heredad, resignáronse a consentir el yugo mestizo y se hicieron colonos para llegar a ser, como en adelante serían, esclavos de esclavos...» (págs. 92-93).

Y a continuación (como en Balzac o en Pérez Galdós), se explica el origen de la fortuna de los Pantoja.

Otro pasaje en el que se vuelve al pasado, pero éste más verosímilmente inserto en el relato, es el del terrible recuerdo que los dos ancianos, Choquehuanka y Tokorcunki, tienen y actualizan del levantamiento indígena fracasado, en el que fueron ferozmente reprimidos por Pantoja padre y el ejército (capítulo III).

La novela está estructurada como una serie de cuadros episódicos, que a la vez que desarrollan un argumento centrado en la vida de la pareja citada, van dando amplias pinceladas de aspectos de la comunidad: sus tareas anuales, sus ceremonias, sus dificultades, su difícil relación con los amos. En varios pasajes, Arguedas, con buena habilidad narrativa, ha insertado relatos autónomos. Entre ellos destacan dos logrados cuadros costumbristas; uno, el de la venta por Choquehuanka de un toro bravo, que le permite documentar el habla y la astucia campesinas en una lograda escena popular (págs. 146-149). El otro, la historia —narrada por Mallcu— de la muerte del cóndor (págs. 59-64). Otros son el de la inundación («la Mazmorra») y el del estudiante cazador de pumas (págs. 29-30 y 77-82). Todos estos intermedios narrativos se insertan sin dificultades en la totalidad de la obra, a la que prestan densidad y riqueza, y de la que reciben su unidad definitiva. Casi al final de la novela el lector «escucha» por boca del escritor modernista Suárez, una leyenda incaica: «La justicia del Inca Huaina-Capac» (págs. 227-236). Esta sirve para mostrar la visión idealizada del mundo indígena que contrasta, visiblemente, con la que Arguedas ha querido dar a sus lectores de esa misma realidad...

Narrada con técnica presentativa, usando casi siempre la tercera persona, la novela apela también a la primera en ciertos relatos personales (Mallcu, muerte de Manuno), o en los recuerdos «interiores» de Choquehuanka, Agiali o Wata-Wara. En algunos momentos; sin embargo, escuchamos —como hemos dicho— la voz del autor. Pero esto ocurre pocas veces. Se trata de una novela tradicional, en la que no puede hablarse de novedades narrativas. Una obra que combina ciertos elementos realistas y hasta naturalistas con medidos rasgos modernistas visibles, como veremos, en las mesuradas descripciones de la naturaleza.

La intención fue escribir una evidente novela de espacio, en la que el autor quiso dejar una detallada descripción de la vida de una comunidad aymara, que vive junto

al Titicaca. Pero a la vez, debe señalarse que el autor, con el relato del duro viaje de los cuatro indios, logró dar una visión concreta de los valles sureños y de las alturas más solitarias a su patria. A esta compleja suma de intenciones descriptivas (geográficas, de fauna y de flora, sociales, etc.), debe agregarse la estructura argumental. Vertebrada sobre la historia de las relaciones entre los enamorados y sus familias respectivas, la obra consigue convertir este pivote dramático y humano en eficaz hilo narrativo para —a partir de ese eje— describir la totalidad social del mundo que tiene bajo sus ojos: las luchas con los patronos blancos, sus representantes (el mestizo Troche, el cura, el ejército), su historia y, de alguna manera, una honda pintura del mundo social boliviano en torno a los aymaras. Dos zonas geográficas: la alta meseta en torno al Titicaca y los cálidos valles recorridos por ríos de deshielos, peligrosos y cambiantes (con sus tipos sociales respectivos). Y dos historias humanas: la de Agiali y su amada, la de la comunidad y sus patronos.

La obra combina con maestría lo individual y lo social. La primera escena, con la que se abre la novela, nos presenta a la pareja enamorada. Poco a poco, lo social se va sobreponiendo a lo personal y, al final, el asesinato de la joven, desencadena la reacción de la comunidad. La tragedia individual funciona como el detonante, la gota que desborda el torrente de la reacción vengativa comunitaria. Estos dos niveles, el individual y el social, jamás son dejados de lado. Lo que ocurre es que a partir del inicio de la obra, lo social se va haciendo poco a poco más importante, hasta que ocupa la totalidad del espacio narrativo. El primer capítulo parece narrar solamente una agreste y primitiva historia de amor. De aquí pasamos al relato del viaje. Pero ya al comienzo de la segunda parte, «El Yermo», lo social-histórico parece apoderarse de la totalidad de la novela. Debe señalarse, sin embargo, que siempre Arguedas muestra lo social como individualizado, como referido a un personaje concreto y particular. Aun los pasajes en que se describen fiestas, ceremonias, labores comunitarias, siempre están enfocados en situaciones particulares que les dan un peculiar y específico peso humano y personal.

Personajes

Arguedas ha tenido la buena idea de no profundizar demasiado en lo individual; no hay personajes hondamente analizados. Casi siempre los vemos actuar, hablar, pensar. Arguedas ha visto bien que se trata de personalidades primarias, en las que es raro encontrar psicologías complejas. Alguna reacción interior se destaca en Wata-Wara o Agiali, o la madre de Agiali. El único que ha sido profundizado (y esto corresponde a su importancia dentro del grupo) es el anciano Choquehuanka, pero, hasta en su caso, lo social devora a lo individual. Los otros son personajes planos y algunos, burdamente simples (los malos: el administrador, los patronos, el cura, etc.). Se trata casi siempre más de tipos que de individuos. Aquí debe decirse que Arguedas maneja el mismo esquema que ya aparecía en su ensayo: los mestizos son todos malos (*kharas*), y los blancos tocan lo abyecto. Claro que en ningún momento alcanza Arguedas la simplicidad elemental de separar malos y buenos (como hará después

Icaza, por ejemplo) en extremos polares. La hija de Troche, los amigos del patrón, la mujer del administrador, etc., muestran algunos rasgos diferenciales. Esto se acentúa en el caso de los indígenas, que son aquellos personajes que realmente interesaban al autor. En ese sentido, sus descripciones de las reacciones y las personalidades de los indígenas jamás ignoran el poderoso influjo que las circunstancias geográficas, sociales y económicas han tenido en la constitución de sus visiones del mundo, de sus psicologías, de sus miedos, temores, creencias, valores. Aquí es donde la novela acierta a concretar una visión que calificaríamos de mesurada y realista, de equilibrada y objetiva. Ni el romanticismo ñoño y tibio, que ve siempre positivamente a los indios, ni la crápula que aparecerá en la novela indigenista posterior.

Arguedas muestra una visible simpatía, un mayor interés, tanto humano como valorativo, frente a los indígenas que frente a los restantes personajes de la novela. Una lectura cuidada de la obra muestra que la pluma arguediana destila un marcado desprecio condenatorio contra los blancos y sus representantes; nada de esto hay con respecto a los indios. Su mirada ha tratado de mostrarlos tal como él mismo creía que eran: hombres determinados por una difícil existencia en lucha constante contra un clima y una tierra excepcionalmente duras, una organización social jerárquica, racista e injusta, y una estructura económica heredada llena de favoritismos esclavizantes.

La visión arguediana de los indios, que tantos denuestos ha provocado de parte de numerosos políticos y pensadores bolivianos, parece, a primera vista, cargada de rasgos negativos. Arguedas vio a los indios como seres insensibles, duros, violentos, feroces, carentes de piedad, de ternura, de matices humanos específicos, codiciosos, inhumanos, resentidos, envidiosos, simples, primitivos, fatalistas, introvertidos y cobardes. Pero la lectura de su novela muestra que esos rasgos se dan como productos sociales, históricos, geográficos, económicos. Arguedas jamás dice que esas sean notas *raciales*. El *resentimiento* y el odio silenciosos, guardados en el fondo del corazón como un puñal presto a agredir, los muestra Arguedas como el único, el último recurso que resta a esos desdichados para afirmarse como seres humanos. El odio y el resentimiento son el refugio final, la íntima caverna donde vuelven a verse como criaturas humanas. Odian porque no pueden hacerse justicia; odian porque esa es la única forma que tienen de afirmar su libertad perdida; odian porque esa es la única posibilidad de dar un sentido positivo a sus existencias ferozmente humilladas. Odiar es la única posibilidad que les ha dejado el mundo de venganza. Y si buscan justicia, se ven obligados a hacerla por su misma mano. Es importante, en este sentido, destacar un pasaje de la novela en el que Choquehuanka, incitando a sus hombres a atacar y matar a los blancos, les habla:

«—De poco a esta parte, mis ojos se han cansado de ver tanta crueldad y tan grande injusticia, y a cada paso que doy en esta tierra me parece sentirla empapada con la sangre de nuestros iguales. Yo no me maravillo del rigor de los blancos. Tienen la fuerza y abusan, porque parece que es condición natural del hombre servirse de su poder más allá de sus necesidades. Lo que me lastima es saber que no tenemos a nadie para dolerse de nuestra miseria y que para buscar un poco de justicia tengamos que ser nuestros mismos jueces...

... Y así, maltratados y sentidos, nos hacemos viejos y nos morimos llevando una herida viva en el corazón.

... —Entretanto..., nada debemos esperar de las gentes que hoy nos dominan, y es bueno